

EVOLUCIÓN Y CRONOLOGÍA DE EL RASO (CANDELEDA, ÁVILA)

*F. Fernández Gómez
J. Alonso de la Sierra Fernández
M.^a Teresa López Fernández*

Es conocido de todos el emplazamiento de El Raso de Candeleda, al Sur de la provincia de Ávila, en su límite con las de Toledo y Cáceres, al pie de la Sierra de Gredos por su vertiente meridional. Allí venimos realizando excavaciones desde hace una docena larga de años, las cuales nos han permitido conocer, con bastante claridad, el origen y la evolución del yacimiento en la segunda mitad del último milenio a. C., con unos elementos que pueden considerarse de una época anterior y otros que pertenecen ya al periodo de la romanización.

El yacimiento está constituido por dos poblados, uno amurallado y otro abierto, una necrópolis y un santuario. El poblado abierto y la necrópolis podemos considerarlos en principio contemporáneos. El castro fortificado pertenece a un momento posterior, a la época de las luchas con Roma, y el santuario corresponde ya a plena romanización. En conjunto son más de 500 años de historia que hemos podido dividir para su estudio y mejor comprensión en diversos periodos, paralelizables a nuestro parecer por completo con los del yacimiento de Las Cogotas que han dado nombre a toda una cultura, aunque alguno de ellos queda mejor explicado en El Raso que en el yacimiento epónimo.

Las mayores dificultades vienen sin duda al tratar de identificar un pretendido período El Raso I con el correspondiente de Las Cogotas, ya que a Cogotas I se le está dando en nuestros días como todo sabemos una amplitud, para nosotros desmesurada, que lo aleja del mundo de la Edad del Hierro para introducirlo en los inicios del Bronce Final e incluso en un Bronce Medio y creando de esta manera, entre Las Cogotas I y II, un vacío inexplicable que creemos no existió nunca, sin que ello quiera decir que neguemos la posibilidad de que las cerámicas tipo Boquique, fó-

sil guía que está haciendo elevarse el mundo de Las Cogotas a alturas insospechadas, tenga sus principios en plena Edad del Bronce, sino que estamos convencidos de que estas cerámicas llegan hasta finales de la Edad del Bronce Final e incluso principios de la Edad del Hierro, momento inmediatamente anterior a la introducción del torno en el que coincide con las cerámicas excisas y las pintadas llamadas hallstätticas, sin que encontremos motivo para que se consideren del horizonte Cogotas I yacimientos que evidentemente son más antiguos o nada tienen que ver con él, como creemos es el caso de los andaluces. De tener que dar a las cerámicas de Boquique la antigüedad que se pretende tendrían forzosamente que aparecer mezcladas con campaniformes, con cuyas gentes habrían convivido cerca de medio milenio, y esto no sucede ni en Carmona, y ya es significativo que no suceda aquí, ni en Montemolín, ni en Purullena, ni en Monachil, ni en otros yacimientos. Creemos por tanto que debe volverse a llamar Cogotas I, al periodo inmediatamente anterior a Cogotas II, al mundo de El Berrueco y el nivel inferior de Sanchorreja, con cerámicas, sí, tipo Boquique, pero sin duda ya arcaizantes, acompañadas de las excisas, las pintadas y las decoradas con botones metálicos incrustados, a las que acompañan elementos metálicos tan característicos como asadores de bronce, agujas de cabeza enrollada, fíbulas de codo y de doble resorte, colgantes amorcillados, etc., e incluso algún elemento de hierro¹, sin que veamos razón alguna para desconfiar de asociaciones tan modernas,

¹ MALUQUER DE MOTES, J., «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco, Salamanca», 1958, p. 79.

por muy dudosas que nos parezcan², pues si bien es cierto que hay fechas de Carbono 14 que elevan las cerámicas de Boquique al s. XV a.C., también lo es que hay otras que la bajan hasta 540 a.C.³, y las dos nos parecen perfectamente aceptables, aunque presenten sus problemas.

Cuando hablamos, pues, de El Raso I y lo equiparamos a Las Cogotas I nos referimos al Cogotas I que llamaríamos tradicional, para nosotros bien definido por Maluquer en rasgos generales, con principios inciertos y finales en el s. VII avanzado.

No hemos encontrado nosotros en El Raso estructuras ni elementos «in situ» que podamos considerar pertenecientes a este momento inicial de El Raso, pero hay materiales que corresponden evidentemente a este momento, como la conocida figurita etrusca⁴, una punta de flecha de bronce, similar a algunos ejemplares de El Berrueco⁵, diversos colgantes amorcillados, y un broche de cinturón de escotaduras laterales que situamos ya en el paso del periodo I al II. Son todos, como vemos, elementos metálicos, sin que conozcamos por ahora ningún material cerámico que podamos incorporar a este periodo, que tiene hasta el momento actual por tanto una base muy frágil.

El periodo II, perfectamente equiparable al II de Las Cogotas, presenta por el contrario una extraordinaria riqueza. Es el momento del pleno desarrollo de la metalurgia del hierro y de la introducción del torno, que nos es fundamentalmente conocido a través de extensas necrópolis con cientos de tumbas de incineración depositadas en hoyos, siguiendo un ritual que es bien conocido de todos. En El Raso solo hemos excavado nosotros medio centenar largo de tumbas, más las excavadas por Antonio Molinero y que ha dejado

² FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., «Consideraciones sobre la técnica de Boquique», *Trabajos de Prehistoria*, 39, 1982, p. 141.

³ MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. y MÉNDEZ MADARIAGA, A., «Arenero de Soto. Yacimiento de "fondo de cabaña" del horizonte Cogotas I». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 1983, p. 303.

⁴ MOLINERO PÉREZ, A., «Un bronce etrusco en El Raso (Candeleda, Ávila)», *Archivo Español de Arqueología*, XXXI, 1958, p. 175; ALMAGRO GORBEA, M., «El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura», *Biblioteca Prehistórica Hispana*, XIV, Madrid, 1977; FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., «Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Ávila)», *Trabajos de Prehistoria*, 29, 1972, p. 273 y ss.; BLÁZQUEZ, J.M., «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente», Salamanca, 1975, p. 199; OL-MOS ROMERA, R., PICAZO, M., «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *Madrider Mitteilungen*, 20, 1979, p. 184ss. y otros.

⁵ MALUQUER DE MOTES, J., o.c., Fig. 19.

sin publicar⁶, aunque conocemos los materiales que encontró. El ritual seguido en El Raso es la colocación de la urna cineraria con los vasos de ofrendas en un hoyo, y su cubrición con lajas de granito. Cuando el difunto es un guerrero las armas pueden estar integradas en este conjunto o reunidas aparte junto a él, formando un conjunto diferente, y entonces se dejan sin cubrir. No parece hubiera túmulos, estelas ni ningún otro elemento que sirviera para identificar la tumba en el exterior. Los ajuares podemos reunirlos en cuatro grandes grupos:

1) Objetos de bronce, reducidos ya sólo fundamentalmente a los de adorno o uso personal, brazaletes, fíbulas, anillos, etc., a los que pueden unirse algunos recipientes y atalajes.

2) Objetos de hierro: principalmente armas ofensivas y defensivas, enriquecidas a veces con los típicos hilos embutidos de cobre y plata.

3) Cerámica indígena: al principio solo a mano, con vasijas muy atractivas, frecuentemente bruñidas y decoradas con motivos incisos a peine. Después también a torno, alisadas y por lo general sin decorar, aunque a veces presentan collares de impresiones, quizá en un momento posterior.

4) Productos exóticos: tienen aquí especial interés porque no sólo nos indican que continúan las relaciones de este pueblo con otros de cultura más avanzada, sino también porque nos ayudan a fechar con cierta precisión al conjunto de la necrópolis y, sobre todo, el momento de introducción en el poblado del torno del alfarero. En este sentido son de especial interés las copas de barniz negro de las tumbas 5 y 29, bien fechadas en otros yacimientos a mediados del siglo IV⁷. Con ellos ha de situarse el unguentario de vidrio polícromo, producto de claro origen oriental, fechado en el s. V⁸, y algunas cuentas de vidrio oculadas y fragmentos de cerámica de barniz rojo hallados en superficie y poco expresivos en todos los aspectos.

Como vemos son materiales que encajan perfectamente en el periodo II de Las Cogotas, con numerosos paralelos en toda la meseta, y que situamos cronológicamente desde finales del s. V hasta principios, quizá hasta mediados, del s. III a.C..

⁶ Fallecido el pasado año, su viuda nos ha entregado recientemente todos los papeles referidos a El Raso que el Sr. Molinero guardaba en su casa, con ayuda de los cuales esperamos poder reconstruir al menos los ajuares funerarios pertenecientes a cada tumba. Los materiales arqueológicos se hallan en el Museo Provincial de Ávila.

⁷ FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., o.c., p. 275.

⁸ *Ibidem*, p. 278.

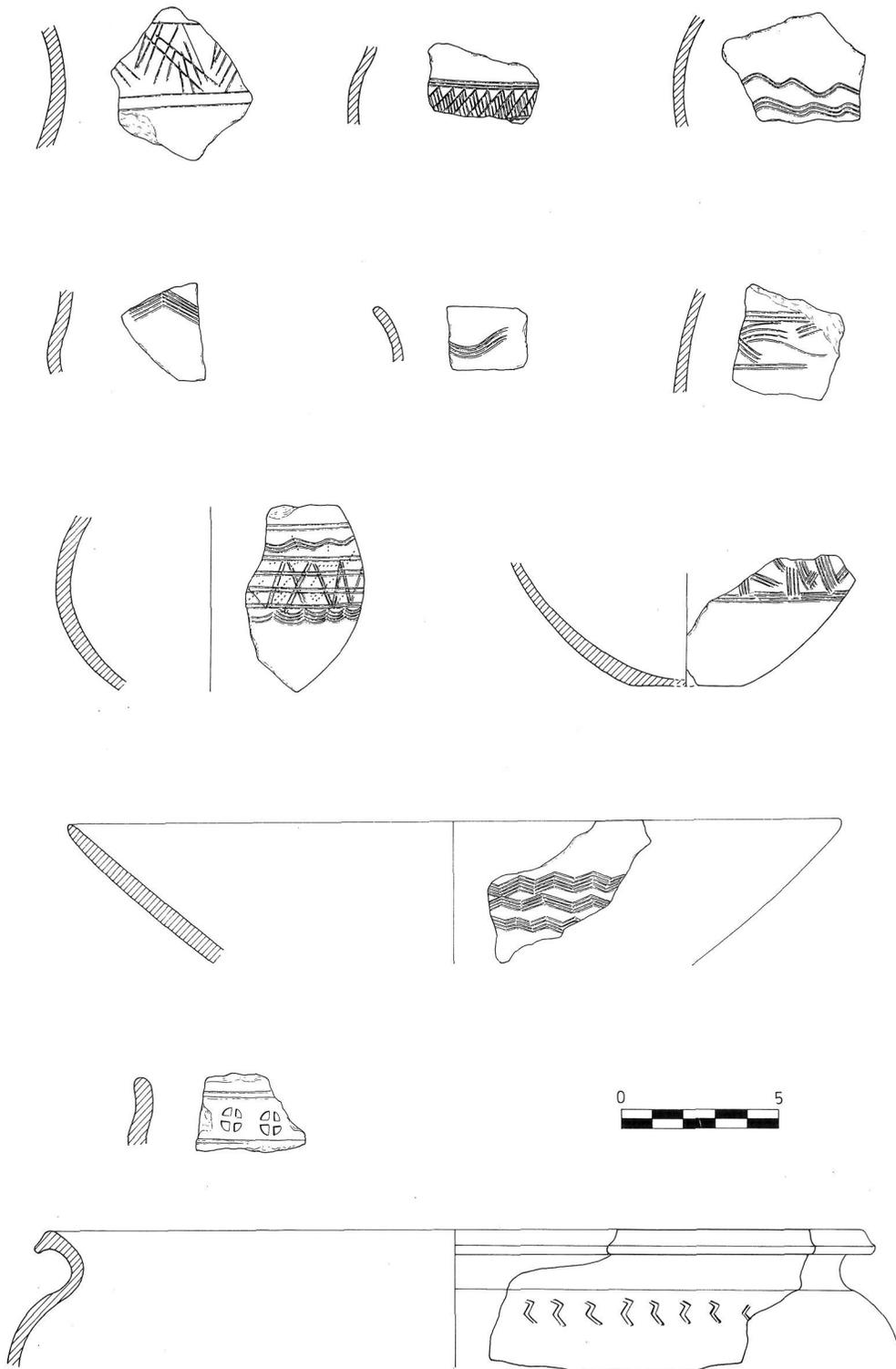


Figura 1. Cerámica decorada del poblado de El Raso II.

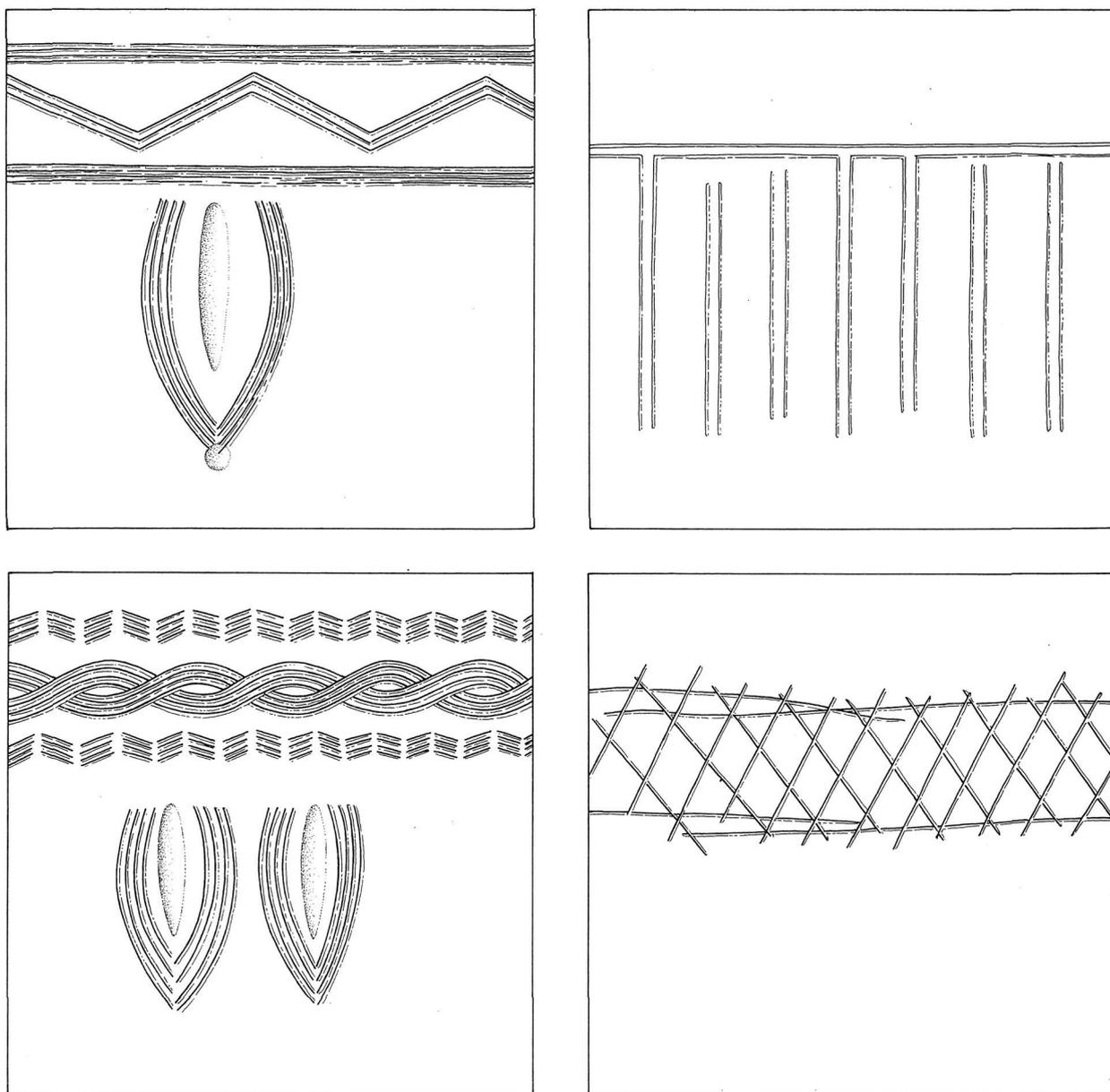


Figura 2. Motivos decorativos de la cerámica de la necrópolis de El Raso II.

Llama en ellos la atención, sobre todo, la falta absoluta de cerámicas de tipo ibérico o celtibérico que vemos llegar a otros yacimientos contemporáneos.

Durante muchos años, a medida que progresaban nuestras excavaciones en el castro fortificado que se alza sobre la colina inmediata, y veíamos el contraste de los materiales procedentes de una y otra parte del yacimiento, nos hemos preguntado donde estaría el poblado correspondiente a esta necrópolis. Pérdidas las esperanzas de hallarlo dentro del recinto fortificado,

efectuamos algunas catas en un lugar inmediato a la necrópolis, donde siempre habíamos observado la presencia en superficie de piedras de molino barquiformes y cerámicas similares a las de los ajueres funerarios, pero que pensábamos procedían de tumbas destruidas.

Las catas efectuadas creemos nos han llevado a localizar el emplazamiento del poblado primitivo, contemporáneo por completo de la necrópolis, sin que en él hayamos detectado la presencia de materiales que

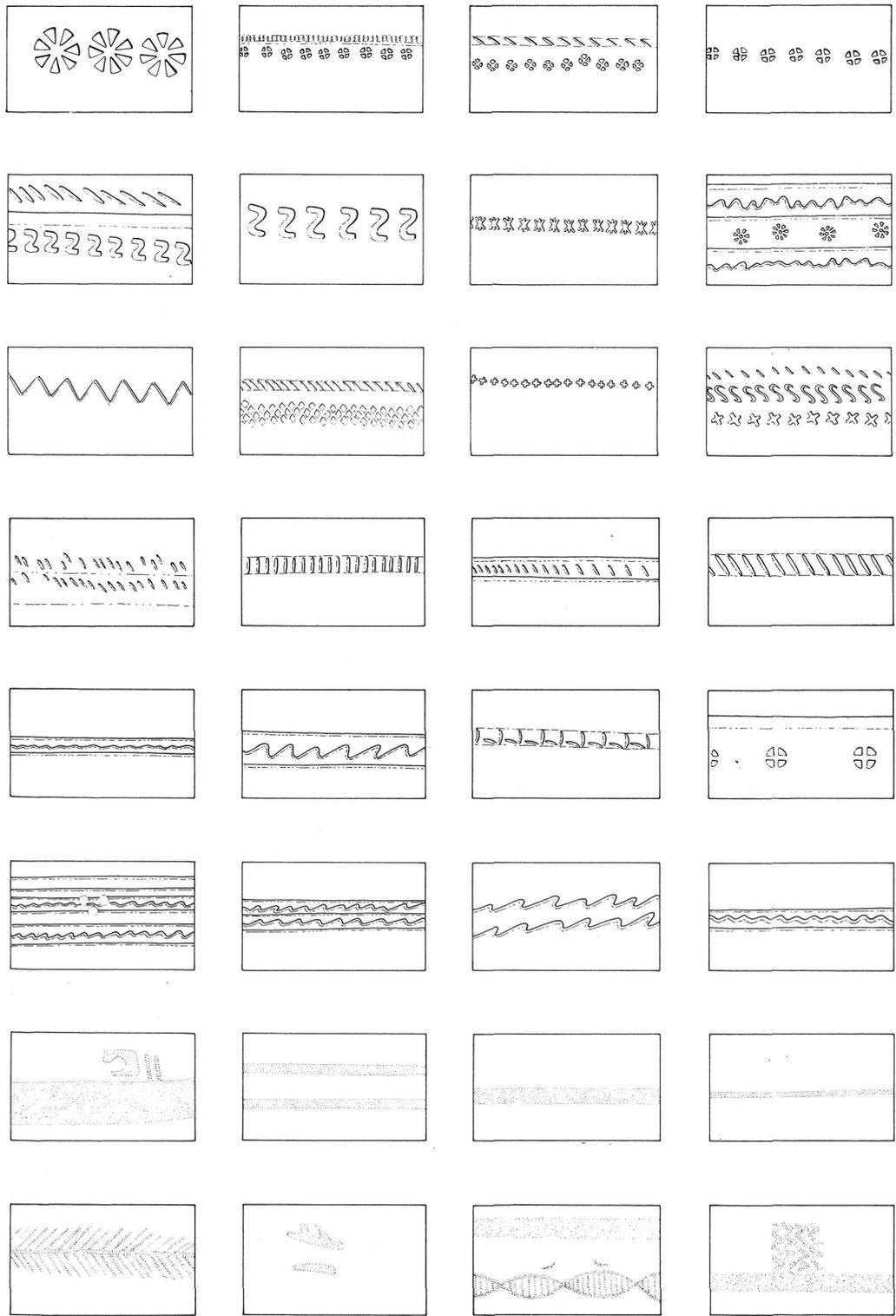


Figura 3. Motivos decorativos de la cerámica del poblado de El Raso III.

en principio puedan considerarse ni más antiguos ni más modernos que los recogidos en los ajuares funerarios, lo que no quiere decir que no puedan existir, pues las catas efectuadas se han reducido a dos zanjas de 5 m. y 11 m. por 1 m., en las cuales hemos llegado hasta los 2 m. de profundidad. Las únicas estructuras descubiertas se hallaban al fondo de la cata, sin que en principio, debido a las estrechas dimensiones de la misma, podamos decir a que tipo de hábitat corresponden. La estratigrafía presentaba una gran sencillez. Un primer nivel, de tierra vegetal, de 50 cm. de potencia, y un segundo, de tierra cenicienta, de altura variable, que es el que hemos de considerar como de habitación. No es un nivel uniforme sino que ofrece, distanciadas entre sí, diversas depresiones, en cuyos bordes se observa a veces la presencia de cantos rodados, que podrían pertenecer a fondos de cabañas que sería preciso conocer en planta, a lo que dedicaremos una de las próximas campañas. En el relleno recogemos fragmentos de cerámica a mano y a torno, similares a las recogidas en la necrópolis, y otros pertenecientes a grandes vasos de provisiones que nunca aparecen allí.

Está claro que, llegado determinado momento, que nosotros situamos en el último cuarto del s. III a.C., coincidiendo con la expansión del dominio cartaginés por la Península, la incursión de Aníbal hacia Salamanca hubo de afectar sin duda a su paso muy directamente a estas tierras, y la posterior llegada de los romanos, con el consiguiente inicio de la guerra, las gentes de El Raso trasladan su poblado de emplazamiento. Se ha dicho a veces que algunos de estos hechos habían sido la causa de la ruina de los castros de la meseta. Nosotros observamos en El Raso que no es precisamente éste el momento de la destrucción de los castros, sino aquél en que muchos castros se fortifican, como El Raso, o amplían sus fortificaciones como Chamartín de la Sierra. Lo cierto es que a finales del s. III las gentes de El Raso ocupan ya la nueva ciudad y están en disposición de hacer frente a los romanos, lo que las Fuentes nos dicen comienza a suceder de hecho por esta zona del Tajo a principios del s. II a.C..

La vida del poblado será muy corta, pues a mediados del s. I, tras la actuación de César, que evidentemente desmantela sus murallas y ciega probablemente sus fosos, pero no lo destruye, comienza a ser abandonado y podemos asegurar que a principios de la época imperial ya no queda nadie en él. Constituye en conjunto lo que consideramos época III de El Raso, presumida también en Las Cogotas aunque no bien iden-

tificada, pues sus materiales aparecían mezclados al parecer, sin duda por defecto de excavación, con los anteriores. En El Raso forman un conjunto definido con toda nitidez, pues las viviendas parecen haber sido habitadas una sola vez, sin que en ningún caso, por lo que hasta ahora conocemos, se observen modificaciones en las estructuras, ni renovaciones en los pavimentos, ni superposición de niveles de habitación. Todos los materiales recogidos ofrecen por tanto una gran homogeneidad.

No hemos hallado nosotros en las excavaciones ninguna pieza de oro. Hace años publicamos⁹ sin embargo los torques aparecidos en una finca inmediata, formando parte evidentemente de un escondrijo, pues ningún otro elemento arqueológico les acompañaba, por lo que resultan difíciles de fechar con certeza, pero que nosotros situábamos en esta época basándonos en la exclusiva razón de que es éste el momento en que se producen la mayor parte de los escondrijos en la meseta, por la intranquilidad política derivada de la guerra contra los romanos y la insaciable rapiña de éstos.

A este periodo III pertenece, con toda seguridad, el tesoriillo de plata encontrado en la casa A-2, bajo el suelo de una de las habitaciones, y del cual formaban parte una serie de denarios que no admiten ninguna duda sobre el momento de su ocultación en época de César, acuñados por el cual fueron los más modernos recogidos hasta ahora en el poblado¹⁰.

Los objetos de bronce son menos frecuentes que en la necrópolis, pero reducidos también casi exclusivamente a objetos de adorno personal. Hay que destacar, sin embargo, la presencia de algunos lingotillos de metal que delatan la existencia en el poblado al menos de toreutas encargados de la fundición de esos objetos de adorno, con materia prima cuya procedencia no conocemos.

Los materiales de hierro son muy abundantes. Se trata sobre todo de herramientas de trabajo, cuñas, cinceles, hoces, piquetas, etc.. Las armas, muy escasas, se reducen a alguna punta de lanza y diversos puñales de empuñadura biglobular. Llama la atención esta escasez de armas en un pueblo en guerra, y creemos hay que achacarla a la obligación de entregarlas una vez

⁹ FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., «Un tesoriillo de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)», *Trabajos de Prehistoria*, 36, 1979, p. 395.

¹⁰ FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., «Denarios en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVIII, 1, 1975, p. 437ss.

pacificada la meseta. De la actividad metalúrgica de las gentes del poblado nos hablan las escorias recogidas en todas las casas, que tienen su correspondencia en los grandes escoriales de las inmediaciones del Pantano del Rosarito.

El plomo, que no hacía acto de presencia en los ajuares de la necrópolis, tiene ahora una amplia difusión, empleándose sobre todo para reparar los grandes vasos de provisiones de cerámica, en forma de grapas e incluso sustituyendo a fragmentos enteros perdidos. La presencia de lingotillos similares a los de bronce en diversas viviendas, parece indicar se trata de actividades caseras.

La cerámica es muy abundante, pero raramente se encuentran vasos completos o reconstruibles que no sean los de provisiones. La gran homogeneidad de las vasijas evidencia se trata ya de productos industrializados, carentes de la personalidad que se observa en muchos de los vasos de la necrópolis, además de que su distinta función los hace estar con frecuencia peor terminados y ser de aspecto mucho más vulgar. Están en su casi totalidad realizadas a torno y pocas veces presentan decoración, que se reduce por otra parte a muy pocos motivos, sobre todo ondas incisas y algunos, más escasos, temas impresos. Resultan excepcionales, pero de un enorme interés, por cuanto nos fechan el momento de introducción de la escritura en la meseta, algunas vasijas de provisiones en las que aparecen incisas posibles marcas de alfarero e incluso los nombres completos de algunos vecinos del poblado que quisieron grabar sus nombres en algunos vasos, cuando el barro todavía estaba tierno. Podemos asegurar, por tanto, que hasta bien entrado el s. I a.C. no llega la escritura a la meseta y que cuando lo hace es ya por influencia romana, sin que en este sentido tuviera ninguna trascendencia los anteriores contactos con los pueblos meridionales donde, por influencia fenicia, se conocía la escritura desde hacía ya medio milenio.

De nuevo vuelve a llamar la atención la ausencia de cerámica de tipo ibérico o celtibérico con sus característicos motivos pintados. Las que así aparecen

decoradas lo son casi exclusivamente, con solo un par de fragmentos excepcionales, por medio de bandas horizontales, imitando productos turdetanos, aunque aplicadas sobre cerámicas de escasa calidad, evidentemente indígenas.

Los objetos exóticos son ya exclusivamente romanos, monedas, denarios y ases, un fragmento de espejo de bronce y diversos vasos de paredes finas de época republicana.

Si en el caso de la necrópolis podíamos decir que los últimos sondeos nos habían permitido localizar la ubicación del poblado contemporáneo, no hemos tenido hasta ahora la misma suerte con la necrópolis correspondiente a este periodo III, que solo conocemos por tanto por los materiales recogidos en el poblado, lo que no es por otra parte algo exclusivo de El Raso, sino fenómeno por el contrario que afecta a la mayor parte si no a todos los yacimientos de la meseta, lo que nos hace pensar en la posibilidad de un cambio de rito, debido a la inestabilidad política.

Con el abandono del poblado fortificado termina el III periodo. El IV es ya época de romanización. No sabemos donde se trasladan las gentes de El Raso ni tampoco donde entierran a sus muertos a partir de ahora. Pero sí sabemos donde adoran a sus dioses, en el punto de confluencia de una de las gargantas que bajan de las cumbres de Gredos con el río Tiétar. Allí veremos dedicar diversas aras votivas al dios Velico a unos cuantos indígenas que han dejado escritos en ocasiones sus nombres, filiaciones y gentilicios, todo ya en latín, y sin ningún elemento complementario que nos ayude a situar cronológicamente, con cierta exactitud, el momento en que estas aras se ofrendan a la divinidad. Son ya gentes romanizadas, que han olvidado su lengua y hablan, escriben y rezan en latín, y ofrecen a sus dioses exvotos típicos de los vencedores, que a su dominio político han unido el cultural, más o menos rápidamente asimilado por los indígenas de la meseta, una vez pacificados, transformando por completo sus vidas, cuyo futuro quedará ya para siempre unido al del resto de los pueblos peninsulares.